

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

ANTE LOS CAMBIOS

EL MIEDO Y LA COBARDIA

ES lo propio de los tiempos en que entran en crisis los valores que han sustentado una determinada forma de vida, la brusca aparición de la subversión y del terror. Emergen de la filosofía del nihilismo de lo existente; de la oscura tendencia a la vuelta al estado de naturaleza, a una sociedad igualitaria y anárquica de la que brotaría mágicamente una justicia y una libertad puras y nuevas. Es un idealismo pseudo-religioso que «justifica» y engendra un fanatismo cruel que lleva al desprecio de la vida propia y, por supuesto, de la ajena y al que se vienen a unir las más violentas formas de pura criminalidad. Saint Just, un terrorista intelectual —la clase peor— decía: «Una revolución... es una tempestad sobre los malos». El terrorista puro, no el mercenario, es un malhechor que cree hacer el bien. Sobre estas mentes sectarias o inmaduras es sobre las que actúan —prudentes como serpientes— las oscuras fuerzas o intereses internacionales, sobre todo el «gauchismo» anarcoide.

Los tiempos seguros —al menos relativamente— pertenecen al pasado. La humanidad está con dolores de parto. La subversión y el terror, tan terribles y tan aparatosos, son fenómenos marginales. La humanidad, al paso que se desacralizaba, había creado una serie de dioses y diosas que se están ahora apagando, desvaneciendo. Desde la diosa «Razón» de la Revo-

lución Francesa, a los dioses de la ciencia, de la técnica, hasta los dioses crasos y vulgares de la «sociedad opulenta»; así como los dioses de la sociedad comunista, sin clases y «sin rostro humano». Se ha dicho de Nietzsche «que no tenía el proyecto de matar a Dios; lo encontró muerto en el alma de su tiempo». Ahora diríamos: Dios no muere pero muere el alma, individual o colectiva, que lo mata en su seno.

De todos los peligros que crea esta inseguridad, el más terrible es el «miedo». Carcome las energías creadoras del hombre, que son ilimitadas y con las que puede hacer frente absolutamente a todo, y le deja postrado, inhibido, decaído, inmovilizado y solamente receptivo para las fuerzas y estímulos de la negatividad. Ningún régimen cae por el terror de fuera, sino por la cobardía de dentro. «De la única cosa que hay que tener miedo es del miedo mismo». De Berdiaeff son estas palabras: «Del miedo no puede salir nada bueno; la tiranía es hija del terror y del miedo».

El precio de la libertad es la inseguridad. «Quien vive temeroso no será nunca libre». Nadie tiene más asegurada su vida que el esclavo —quiere decirse su «no vida»—. La violencia física es terrible. Es terrible —desde Cain— derramar la sangre humana, que es siempre la sangre de un hermano, una sangre que clama al cielo. Pero hay una violencia mucho más ter-

rible, porque más profunda e insidiosa: la violencia moral sobre el alma y la inteligencia del ser humano. Es la violencia del indocinamiento por el Estado totalitario, usando un poder absoluto, incontrastable. Un dogmatismo que «libera» de la funesta manía de pensar. Esta clase de violencia es la que padecen millones de seres humanos y la que se cierne como una amenaza sobre los que todavía están libres de ella.

Es verdad que toda forma institucional y social, cultural y religiosa, impone un cierto indocinamiento, porque está en el ambiente que se respira. Y también es verdad que cualquier Estado tiene que mantener coactivamente un determinado orden público. Se viene, cuando se nace, no al mundo, sino a «un» mundo, al propio de cada vida humana. Y el que no lo acepta así, enloquece.

Pero esta clase de indocinamiento ambiental, además de inevitable, no siendo legalmente coactivo, deja el suficiente margen de libertad para que la persona humana no se sienta oprimida o degradada. Y el orden público, que no puede menos de ser coactivo, lo es negativamente como la barrera o frontera propia de cualquier organización social.

Mientras que el indocinamiento totalitario, el cesarismo intelectual, es activo y positivo por lo que destruye el alma de los que no se resisten —los que se entregan— y el alma y el

cuerpo de los que osan hacerlo. Los genocidios, los campos de concentración y las torturas, son cosas que pertenecen al ser de esas clases de regímenes, porque los hay de varias clases. Este peligro para el mundo libre es mucho mayor que el problema de la energía o cualquier otro; contra él no se puede luchar con un sistema igual y contrario —que llega a ser más igual, o peor que igual, que contrario— como el nazismo, sino reactivando los principios de libertad, de autoridad y de justicia, un nuevo humanismo que se base en la dignidad de la persona humana, y que sólo puede fundarse y tener vida en el reencuentro del hombre con los valores morales nuevos y eternos; su reencuentro con el Dios vivo y fuente de vida.

El ser humano siente miedo. Es algo que pertenece a su naturaleza. El valor no puede nacer más que del miedo. Lo grave es cuando lo que nace del miedo es la cobardía. Esta clase de miedo cobarde es la que se está apoderando del alma del mundo libre, que solamente se podrá seguir llamando así si llega a perderlo. Esto es lo que hay que tener presente ahora en España. Los cambios necesarios no pueden nacer de esa clase de miedo. Tienen que hacerse conforme a su libre y propia dinámica política, ignorando el terrorismo por sangriento que sea.

Antonio GARRIGUES

¿Y EL TIEMPO?

«BIOFAGIA», POR DECIRLO ASÍ

LA palabreja resulta divertida, y pertenece a un viejo «carnet» de Henry de Montherlant. Calcada sobre «antropofagia» y otros términos parecidos, su alcance salta a la vista: si, por ejemplo, «antropofagia» significa «costumbre de comer carne humana», «biofagia» vendría a ser, más o menos, «costumbre de devorar la vida del prójimo». Y por «vida», aquí, hay que entender el «tiempo» y la «intimidad» de la gente. Todos somos un poco «biofagios», en este sentido, y a veces un mucho. Lo somos, además, con la mejor buena fe, e incluso con el ánimo formal de ser obsequiosos. Hacemos visitas, telefoneamos, escribimos cartas, invitamos a comer, y la intención suele ser habitualmente amable: de hecho, casi siempre se trata de eso, de un gesto de amabilidad. Pero no caemos en la cuenta de que, al hacerlo, nos metemos en la «vida del otro», le robamos su tiempo o le alteramos su intimidad. Ese «otro», nuestro amigo o nuestro vecino, alguien a quien dedicamos afecto o admiración, sufre la injerencia resignadamente, y, si es persona bien educada, ni siquiera se mostrará contrariado: nos recibe con una sonrisa, contesta al teléfono o la carta, acepta la invitación. Cualquiera de nosotros puede convertirse —se convierte, sin remedio— en el «otro» de alguien: en «víctima». La «biofagia» es, por lo general, mutua. E inevitable, desde luego.

«Qui me rend visite me fait bonheur; qui ne me rend pas visite me fait plaisir», decía también Montherlant. Es una buena frase, por supuesto. Y sincera, spongo. Montherlant tuvo fama de misántropo y de engreído. Hay razones considerables —las ofrece él mismo en sus libros— para creer que lo fue. De sus páginas rezuman un gran orgullo, a ratos agresivo y a ratos desdén, una autosuficiencia arisca y dorada, que le dibujan como un tipo bastante incómodo. La confesión suya que acabo de citar ya es muy sintomática. El se prefería aislado o solitario, y de ahí que su susceptibilidad ante la presencia ajena se afinase hasta extremos enfermizos. En el fondo, estaba tan convencido de la importancia de su «obra» —de su obra de escritor—, que le irritaban las intrusiones más leves. Una simple «hora» que le quitase la compañía adicta de una relación social rutinaria, Montherlant la medía como una pérdida memorable, no sólo de su vida, esto es, de su obra, sino de la entera «cultura» que servía. La charla tal vez insustancial durante un aperitivo o una cena era, a su entender, una torva frustración de posibilidades. Exageraba, sin duda. La verdad es que, cuando se suicidó hace un par de años, Henry de Montherlant ya dejaba un volumen impresionante de papeles impresos. La mella de sus «biófagos» no le impidió trabajar, y a gran escala.

Pero su caso personal es lo de menos. Planteado el asunto como él quería, se traduce a mil niveles cotidianos. La «biofagia» recíproca afecta a todo el mundo, y todo el mundo procura defenderse de ella a su modo. Negarle el paso al visitante, de-

jar las cartas sin respuesta —o sin abrir—, bloquear las llamadas telefónicas indeseables o indeseadas, excusarse de acudir a un convite, constituyen trucos de práctica corriente, con tantas mediaciones de mentiras como convengan. Cada cual intenta preservarse el tiempo y la intimidad. Bueno: a menudo ni se trata verdaderamente de tiempo ni de intimidad. Si bien se mira, ni el uno ni la otra nos son tan preciosos como nos inclinamos a afirmar, y a menudo los comprometemos de la manera más tonta. No importa. Es la simple «vida» lo que intentamos salvaguardar, incluyendo en ella el televisor, el tedio o la pereza. La aspiración consiste en esquivar al «importante»: al «biófago» amenazador. Hay personas más sensibles o quisquillosas que otras, frente a la voracidad de los demás, quizá por temperamento, quizá por la indole del oficio que ejercen. Hasta hace poco, psiquiatras o psicólogos hablaban de «introvertidos» y «extravertidos»: la clasificación, caída en desuso, permitiría situar a los individuos en su respectiva capacidad de reaccionar frente a la «biofagia». Lo que antes llamaban un «extravertido» venía a ser un «biófago» impenitente que, a su vez, sólo esperaba ser tomado como carnaza por sus semejantes...

Supongo que en todo ello también deben de influir las circunstancias objetivas: la sociedad con sus condicionamientos obvios. No sé si se podría sostener que en nuestros días la «biofagia» está más extendida o es más onerosa que antaño. Las apariencias ayudan a imaginarlo. El teléfono, sin ir más lejos, es un instrumento «biófago» tremendamente eficaz: la carcama continúa del timbre, la voz que asalta el domicilio a través de un hilo inocente, lo intempestivo de su acción. Y el teléfono no es lo único. La complejidad de la «vida colectiva», que no hará falta subrayar, creciente, se consolida y aguenta a expensas de la «vida» digamos «privada». Simultáneamente, se produce un cambio decisivo en los contactos humanos directos. Los habitantes de las grandes ciudades ya quedan exentos de dos formas tradicionales de «biofagia»: la familia y el vecindario. Los clanes genealógicos se diluyen, y casi nadie «conoce» al morador del piso contiguo: por lo menos, estas convivencias han dejado de tener la incisividad de la época de nuestros abuelos. Me temo que la situación sea, reducida al saldo final, muy parecida. Y no podría ser sino así: nos comemos la «vida» los unos a los otros, en buena medida, porque somos alimento imprescindible los unos de los otros. Pido perdón al lector por si el comentario resulta superfluo. Las obviedades, sin embargo, necesitan ser repetidas. Ya se sabe: «de puro sabido, olvidado».

Por lo que particularmente me afecta, confesaré que una actitud tan drástica como la que postulaba Henry de Montherlant nunca me ha tentado. Será porque no concedo a mi «obra» más valor que el del jornal, como lo haría un minero o un albañil. Me encanta —hasta cierto punto, claro está— ser objeto de

«biofagia», y me reconozco «biófago», con remordimientos por si me excedo. La visita, la carta, la comida o la copa, se me presentan como una opción comunicativa siempre aleccionadora. Descarto lo del teléfono: todavía me resisto a valerme de sus múltiples utilidades, con la ventaja provisional de un cierto «silencio». Pero los conceptos de «tiempo» y de «intimidad» no llegan a hacerme callos en el humor ni en la conducta. ¿El «tiempo»? Es mío, no de mi «obra» —¿«mi obra»?—, y la lástima es que ya no pueda aprovecharlo más que en el trabajo: me moriro con reconcomio de no haber sido un fulano «crapuloso». He perdido mi oportunidad. Quizá, en el supuesto de la «otra vida», se me pidan responsabilidades por la estupidez de no haberle sacado su jugo a «ésta». ¿La intimidad? Ya me dirán ustedes qué es la «intimidad», a estas alturas. O todavía peor: qué fue la intimidad para nuestros antepasados. La «intimidad» es una invención reciente: ni Salomón, ni Sócrates, ni Carlomagno, ni César Borgia, ni Luis XV, tuvieron «intimidad», ni mucho menos las gentes subalternas de sus respectivas épocas. Posiblemente, la idea de «intimidad» sólo tuvo su razón de ser durante un momento de la sociedad burguesa —de la «burguesía como clase ascendente»—, y eso se acabó. Hoy corremos el peligro de confundir la «intimidad» con el rato de encandilarnos con la tele...

Más el «tiempo» que la «intimidad»... ¿Y el «tiempo»? Uno se administra el suyo, a su aire. «Perderlo», ¿qué significa? Siguiendo con Montherlant, cabría precisar el problema: «ceux qui font ce qui leur est agréable ne perdent jamais leur temps, qu'ils s'occupent de métaphysique ou des vases de Corinthe...» O se ocupen de ganar dinero. El propósito no es lo fundamental, subjetivamente hablando, que es como hay que hablar en este terreno. Lo «agradable» se perfila como un baremo útil. No digo «satisfactorio». Sí «útil». En nuestro tránsito por este Valle de Lágrimas podemos hacer muchas cosas, evidentemente. La primera sería la de «pasarle bien». Que es lo que todo quisque hace, si puede, con tanta hipocresía encima como sea aplicable. Seguir con el tema me obligaría a descender a una casuística infernal... Lo dejo para otro día. Y sigo con lo que iba explicando: la «biofagia» es un ingrediente de la «vida». A nivel «biológico», ¿qué especie no es «biófaga», e incluso «autófaga»? «El pez grande se come al chico...», y un microbio desmorona al hombre, al elefante, a la ballena. «Microbios», «virus», «célula cancerosa», o lo que sea. La «biofagia» civilizada, que es la que Montherlant ponía sobre el tapete, se integra en ese circuito «biológico» de base. Como el amor, que no deja de ser una variante de la «biofagia». Prescindir de la «biofagia» sería caer en el ayuno absoluto. En el hambre total. Hay que devorar y dejarse devorar... Es la «vida».

Joan FUSTER

¡AMERICA! ¡AMERICA!

ARGENTINA

BRASIL

COLOMBIA

U. S. A.

VENEZUELA

★ Vuelos especiales

★ Salidas para Navidad

VIAGES BAIXAS, S. A.

g. a. t. 14

Vía Layetana, 133. Teléfono 215-98-54

Paseo de Gracia, 45. Teléfono 216-09-64

LA CASA INGLESA MATRICULA ABIERTA

- Para cursos de inglés en grupos reducidos.
- Clases particulares en empresas o domicilios.

P^o de Gracia, 78 pral.

Tels. 215 5113-215 3058. Barcelona-8

¿Todavía SOLA; aún SOLO?

Encontrará AMISTAD Y COMPANÍA o AMOR Y MATRIMONIO



con persona soltera, libre o viuda - en toda Región - y de forma discreta, segura y fácil si lee el mensual privado "Mensajes"; o si en Barcelona asiste a los actos, cada sábado y festivos. Folleto confidencial, cerrado sin remitir. Envíe 10 sellos de 2 pts Relaciones-Club. Apartado número 480 de Sabadell.

ALGO NUEVO Y VALIENTE

EN LA CADENA S.E.R.

«LA RESPUESTA»

Un Programa dinámico y sincero, un Programa RESPUESTA a los problemas individuales, conyugales y sociales que plantean los oyentes

También su problema puede ser analizado. Expongalo al Apartado n.º 222. MADRID, y asista al debate y deliberación de un jurado compuesto por eminentes Juristas, Médicos, Sacerdotes, Psicólogos... además del testimonio directo de personajes populares

Sintonice cada día la Cadena S.E.R., de lunes a viernes, y de 6 a 6½ de la tarde y conocerá LA RESPUESTA a los problemas más acuciantes y actuales

LA RESPUESTA

un programa realizado y dirigido por
MANUEL MARTIN FERRAND,
bajo el patrocinio de BIMBO, S. A.